

El colchón

Laura Saucedo Franco*

Era tarde y estaba sola en mi cuarto, sin hacer nada. Me encontraba aburrida, tanto de la vida como de la presión de ser un adulto responsable a los treinta. Intenté dormir, pero mi mente empezó a divagar: mi conciencia siempre estaba presente y yo odiaba que pasara eso. Después de unos minutos torturándome con recuerdos y sintiéndome culpable por procrastinar, mis manos comenzaron a hacer de las suyas... Pensé en cómo podría cambiar un poquito, mientras descansaba en la cama, me reprendí: “¡No pienses tonterías y mejor ponte a leer, que bien te hace falta!”.

De una patada me quité los trapos que me cubrían y me levanté. Cuando volví, traía un sándwich en una mano y las copias de mi lectura en la otra: era un texto que hablaba del carnaval y lo grotesco, de la carne y lo natural, de... Un cabezazo y ya estaba despierta otra vez; las hojas rotas de la esquina se habían deslizado fuera del colchón y la grapa colgaba de una de ellas. Las dejé ahí, fastidiada, y mejor comencé a pintarme las uñas de negro.

Vi mi reflejo a través de la ventana y analicé lo gorda que me había puesto en los últimos meses. Seguí acostada, dando vueltas a la izquierda y luego a la derecha, pero mi mente estaba ansiosa: “¡Debería deshacerme de algo! Tal vez... ¿un ropero...?”: sólo tenía unos huacales y una cajonera vieja que me heredó la tía Lucha antes de fallecer. “Se supone que a estas alturas debería de tener una casa en mejores condiciones”, pero mis muebles eran igual de inestables que mis pensamientos y de mi economía mejor no hay que hablar.

Me levanté del viejo colchón, dejando un rastro del barniz negro; de pronto, un maldito resorte que sobresalía me arañó la espalda. Molesta, me pregunté cuánto tiempo tendría en mi casa... Los recuerdos de cuándo y por qué lo compramos volvieron a distraerme. Lo necesitábamos. La

*** Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Ese viejo colchón fue mi refugio durante la gran depresión. Me sintió de mil maneras: me abrazó entre sus pliegues cuando más sola me sentía, guardó todas las lágrimas antes de dormir, fue paz mientras mi mundo se venía abajo, se impregnó de aromas que nunca olvidaré...

familia se haría más grande: mi hermano viviría con nosotros y no teníamos lugar para que él durmiera; además, Daniela, a sus dos, necesitaría uno para ella, así que lo compramos.

Destendí la cama y quedé asqueada; una sábana y un trozo de plástico viejo envolvían ese adefesio de colchón; estaba orinado, con surcos y unos cuantos resortes de fuera. No sé cómo podía dormir ahí, sobre todo después de tantos años... No lo tiraba porque era lo único que tenía. Me reí: “¡no mames, Laura!, de cosas más valiosas te has desecho... ¡Ya, a la chingada! ¡Aunque me duerma en el piso!”. Traté de cargarlo, pero estaba tan aguado que parecía un cuerpo sin vida, no tenía estabilidad alguna; volví a sonreír: “¡Justo como yo!”. Como mejor pude, lo recargué en la pared. Ahí estaba el pobre...: doblado, horrible y sin forma. Suspiré: “Si ese colchón hablara... ¡Qué bueno que no lo hace!”.

Hemos vivido un sinfín de historias. Recuerdo a alguien ajeno a mi cama, después de algunos meses sola; fue como mi primera vez en todo. Cuando me tocó, me sentí muy incómoda. Apenas llevábamos pocas semanas de conocernos y no sabía mucho de él. Esa primera vez, caminábamos hacia mi casa después del trabajo, pero antes pasamos por una cerveza. Ya en la intimidad, sentí miedo... Tenía la sensación de que lo que hacía estaba mal, aunque, para ser honesta, los miedos y la incertidumbre se fueron con la llegada de un buen orgasmo. Sin poder evitarlo, también me acordé de la primera vez que él me golpeó en esa misma cama, y que ningún orgasmo me quitó.

Ese viejo colchón fue mi refugio durante la gran depresión. Me sintió de mil maneras: me abrazó entre sus pliegues cuando más sola me sentía, guardó todas las lágrimas antes de dormir, fue paz mientras mi mundo se venía abajo, se impregnó de aromas que nunca olvidaré... Incluso me sostuvo el día que ese cabrón me mordió y golpeó la cara, antes de amenazarme con violarme..., nomás porque se sintió celoso. No lo cumplió, sólo que el resultado fue peor: me rompió, agotando cualquier sentimiento que hubiera en mí. En realidad, antes del golpe ya me había quebrado de otras formas: revisó mi celular, eliminando por completo mi privacidad; cual vampiro, absorbió mi alma y mi salud mental. Durante mucho tiempo viví como su despojo.

De regreso a mi presente, con los ojos llenos de lágrimas, recordé que alguien me dijo:

—Deberías tirar las cosas viejas y así vendrán cosas mejores y nuevas.

Creo que tiene razón; aparte, ya no lo quiero... Ahora es el cadáver de memorias amargas, así que lo tiraré junto con los recuerdos de quien fui. Qué triste que solo pueda deshacerme del objeto y no de las cicatrices, pero al menos esa historia se terminó. He dormido varias noches en el piso. No sé si comprarme un colchón nuevo. Se supone que lo haría, pues cualquier cosa es mejor que ese viejo esqueleto dibujándome más cicatrices cada noche.